

Literatura

Juan Gelman o el arte de preguntar

por Mario BENEDETTI

Segunda y última parte

En México exclusivo para *El Día*

(Segunda y última parte)

En julio de 1971, cuando Gelman y yo podíamos residir todavía en el Cono Sur, le hice un reportaje que luego incluí en "Poetas comunicantes" (1972), y en ese entonces el entrevistado expresó algunas ideas que hoy pueden ser útiles para acotar este comentario sobre "Hechos y relaciones", primero de sus libros que se publica en España: "Si me preguntas si me quiero comunicar, te contesto que sí, si me preguntas si estoy dispuesto a sacrificar algo para comunicarme, te digo que también. Pero lo que estoy dispuesto a sacrificar para esa comunicación no es cuestión poética, sino cues-

tión de vida. Y en la medida en que vitalmente eso se resuelva, pienso que se va a resolver en mi poesía. Pero de ninguna manera pienso renunciar a lo que aparentemente pueda ser difícil de entender (...). Me gustaría que mi poesía fuera cada vez más honda en cuanto a reflejar la realidad, y lo maravilloso que la realidad tiene".

Desde aquella entrevista de 1971 a este comentario de nueve años después, ha corrido mucha sangre bajo los puentes, y la muerte ha tocado a Juan en zonas (para usar uno de sus términos) de la "más vida", que es como decir del masamor, pero el poeta, como bien señala Galeano, "desde el exacto centro de la

muerte, celebra la vida". Y ésta es acaso una de las comprobaciones más asombrosas que esperan al lector de este nuevo libro. Conciente, como nunca antes, de quién es y dónde está el enemigo de su pueblo. Confiado en que "la revolución es así / se critica / todo el tiempo a sí misma / se para / a cada rato / vuelve / sobre lo que empezó para empezarlo otra vez", sabedor de que la poesía "puede nacer al pie de los sentenciados por el poder / al pie de los torturados, los fusilados", poseedor de toda esa dramática e imprescindible sabiduría, Gelman, frente al acorralamiento fascista, al absurdo de ciertas imputaciones, al cercano alfilerazo de la muerte, a toda

esa andanada de malevolencia y crueldad, no responde con un odio ciego, indiscriminado.

"Por el contrario, sabe 'dónde se tiembla el odio o el desprecio que / echo la guerra sobre nuestra vida' y es ese odio templado, sereno, inexpugnable, el que permite que el caudal afectivo del poeta (presente desde sus primeros libros) no se agote ni se estanque, sino que más bien fluya como verdad continua, inacabable.

De ahí que el amor no sea ya el compartimiento estanco, la cartuja inviolable pero mezquina que nos legara el romanticismo. Ahora los hacedores del amor están "rodeados de rostros como el sol que cubre de sol la ciudad". Por eso, "es enorme la tristeza que un hombre y una mujer pueden hacerse entre sí", porque definitivamente no están solos sino rodeados de corajes, de miedos, de soportes, de sueños, de muchos otros que trabajan, viven, combaten, se arriesgan y mueren por su derecho a amar. Pero la tristeza puede no ser una maldición sino un venero, todo depende de la lucidez y la voluntad del triste. Y hay abrazos de tristeza que pueden consolidar el amor más aún que los de alegría: "Consolación / memoria / triste tal vez / pero ya no tristeza / dolor / tal vez / pero memoria / consolación / abrigo".

En varios sentidos, la poesía de Gelman es ejemplar para el exilio, y a pesar de su modestia ("no conozco a nadie tan ajeno a la autopropaganda y al afán de prestigio", dice acertadamente Galeano) constituye una inapreciable lección para los poetas jóvenes. En primer término, no es una versión llorosa del exilio y la lucha, del dolor y la muerte, sino una respuesta entera y viril, lúcida y despojada, sin triunfalismos ni autoderrotas. Y en segundo término, no es una versión panfletaria, y esto es algo esencial, en momentos en que tantos jóvenes del vasto exilio la-

tinoamericano trasladan literalmente al verso o a la canción sus muy justos y primarios rencores e indignaciones, sin reclamarse previamente a sí mismos el rigor y la exigencia del arte y del oficio. En la poesía de Gelman (aun en los poemas del amor o de penuria) lo político y lo social están presentes como una atmósfera inevitable, pero es gracias al extraordinario nivel poético, gracias a su vuelo y a su palpitación, que esos hechos y relaciones se proyectan hacia el lector y lo aluden, transformándolo.

Pocas veces se ha visto en la poesía latinoamericana una conjunción tan impecable de texto y contexto, de política y arte.

En aquella entrevista de 1971, Gelman dijo también que "la única manera de comunicarse con la gente, es vivir con ella". Y aunque siempre haya cumplido con ese postulado, uno tiene la impresión de que en estos últimos años Gelman no sólo ha vivido con la gente sino que también ha muerto (o sea ha sentido morir, que es casi lo mismo) con los que murieron. Y esta singular comunicación ya no es letal sino vital, porque gracias a ella renacen Paco, Bustos, Diana, Haroldo y tantos otros y sobre todo el hijo al que por fin se resigna a dar de baja ("un fulgor en la noche de los verdugos / es tu rostro hijo mío un fulgor / y por él vivo y muero en estos días")

No obstante, y pese a todos los naufragios y devastaciones, pese a todos los asolamientos y las pérdidas, la poesía de Gelman no es un círculo vicioso, ni virtuoso, sencillamente, no es un círculo. Por algo el penúltimo poema ("Héroes") concluye afirmando y reafirmando: "vida y vida", y el último de todos, que precisamente propone un arte poético, acaba con las palabras: "Morir y nacer / como un martillo". Quizá en estos dos finales encuentre el lector las respuestas que el mismo Gelman bruda a sus propias preguntas.